

(2150 palabras)

El retorno

Los Humnis eran el último reducto de descendientes de humanos que se había conservado a lo largo del tiempo. Vivían en otro planeta. Mi abuela me contó que habían viajado a través del espacio hasta encontrarnos porque querían entregarnos las once piedras preciosas del conocimiento. Decía que la tierra que habitamos era un sueño para la mayoría de los antiguos humanos que en un tiempo lejano habían abandonado la tierra. Muchos de ellos pensaban que era un paraíso perdido, que había existido en tiempos de sus antepasados y que permanecía sumergido en el océano. Le llamaban Atlántida. La buscaron incesantemente a lo largo de la historia y escribieron historias sobre su existencia y sobre su posible ubicación. Pero ignoraban que era un sueño del futuro, que necesitaría eones de tiempo para ser descubierto. Aun así, el sueño yacía en su memoria como si fuera un recuerdo: el de un mundo lleno de conocimiento, creatividad y sabiduría en el que todos los seres vivos vivían en armonía.

Mi abuela lo contaba todo con mucha solemnidad pero, en realidad, todo lo que nos dejaron los Humnis eran cosas bastante obvias. Aun así, me encanta recordar sus relatos y el modo en que escenificaba, con mágica expresividad, la historia de aquel pequeño grupo de supervivientes desde el momento en el que todo comenzó de nuevo.

Un buen día los Humnis se encontraron ante una visión insólita. Las secuencias del pasado se sucedían con claridad proyectadas en el cielo, como las estelas de una aurora boreal. Era como aquellas antiguas holografías de imágenes tridimensionales

en movimiento, como mirar hacia atrás y ver la historia suceder a la velocidad del relámpago. De pronto perdieron la noción del tiempo y del espacio. No sabían si estaban en algún lugar concreto, no reconocían nada a su alrededor. No sabían, si quiera, si eran reales o solo los personajes de un sueño. Las once personas tenían conciencia de haber estado muy cercanas entre sí, en algún momento del pasado, porque recordaban sus nombres: Ausej, Aitapi, Aytrama, Adub, Aseret, Leirbag, Aicila, Leugim, Setarcos, Anitsuga y Anul. Enseguida se creó entre ellos una conexión instantánea que les hizo sentirse menos perdidos. Al menos se tenían los unos a los otros y eso les reconfortaba.

En cada estela encontraron fragmentos intermitentes de alguna historia que podría haber sido suya a juzgar por la similitud de los personajes humanos que aparecían en continuo movimiento. Vieron cosas magníficas: medicinas que curaban a personas enfermas, máquinas que despedían calor para protegerse del frío, otras que iluminaban la oscuridad de la noche, grandes cultivos en los que crecía comida en abundancia, un montón de contenedores, de todas formas y colores, para llevarse cosas de un lado para otro, y otros, aun mayores que transportaban a las personas a cualquiera de los confines de la tierra y del espacio. De repente todas las personas parecían conectadas y cualquier cosa que necesitaban pasaba de sueño a una realidad en cuestión de instantes.

Pero en medio su asombro también vieron cosas terribles: medicinas que enfermaban, máquinas que esclavizaban a muchas personas, personas que se adueñaban de esas máquinas y organizaban exterminios, algunos seres humanos y animales confinados en jaulas mientras perdían lentamente su energía hasta morir, extraños cultivos que desgastaban la tierra, ríos de veneno que contaminaban suelo y aire hasta hacerlo irrespirable. Belleza y horror se entremezclaban formando una amalgama difusa.

Observaron atónitos, como espectadores desorientados, cómo las imágenes se iban acelerando. Las formas reconocibles se iban desvaneciendo poco a poco hasta convertirse en destellos fugaces intermitentes. Lo que habían sido imágenes en el espacio tiempo de las vidas de la mayoría de la gente se había convertido gradualmente en trazos grises, líneas paralelas veloces surcando un oscuro cielo, dirigiéndose a alguna parte desconocida.

Aitapih, que mostraba una especial inquietud por encontrarle un sentido a aquella experiencia, observó ciertos patrones en el aire y esperó, observando atentamente, hasta que encontró la manera de describirlos y nombrarlos. Al patrón más frecuente en el que las líneas fugaban hacia el infinito, le puso nombre POF: "paralelo en oscuro fondo". Pero también observó cómo, de vez en cuando, alguna de las líneas se torcía rompiendo el paralelismo y creando pequeños destellos luminosos como fogonazos de colores que creaban unas magníficas ondas expansivas al cruzarse con cualquiera de las paralelas. Entonces se formaban halos luminosos impresionantes que titilaban en el ambiente hasta que de nuevo la oscuridad hacía acto de presencia vislumbrando el viejo patrón. Este efecto sucedía pocas veces, pero producía una preciosa y duradera visión. Aitapih, de nuevo, buscó un nombre para aquella interferencia que no dejaba de ser otro patrón al que llamó CLIC: "Chocque luminoso incandescente coloreado". Si señor!, las visiones revelaban un curioso mapa en el que casi todas las secuencias respondían al patrón POF mientras entre POF y POF se intercalaban ciertos CLIC. Si aquella película era la vida de sus antepasados se podía deducir que era bastante monótona pero también que había habido algunos instantes luminosos, expansivos y destructivos.

De pronto las estelas se evaporaron y las imágenes cesaron. Los Humnis se encontraron solos en aquella dudosa realidad. Permanecían desorientados y confusos.

Podrían temblar de miedo pero estaban juntos y sus manos podían unirse en un último intento por entender lo que estaba sucediendo.

No había un horizonte claro y, sin embargo, así, juntos, comenzaron a sentir que todo aquello les unía tanto que ya ninguno de ellos era, sino una parte de un todo más grande y misterioso que les contenía. Sintieron la magia del no saber y, aun así, estar, del temer y, aun así, permanecer. Y ya ninguno de ellos pudo considerarse nada que no fuera una pieza de un extraño puzle que debían de resolver.

No había prisa ni el miedo era tan importante. Amarse les había dado una oportunidad para seguir indemnes en aquel oscuro incierto. Así que comenzaron a mirar con otros ojos aquella película de secuencias veloces que había pasado ante los 22 ojos dulcemente resignados. Desearon volver a ver aquello de nuevo y sus deseos fueron complacidos, una y otra vez, tantas veces como quisieron, volvieron a ver, todos juntos, aquella película boreal que trataba de la historia humana, de aquellos que seguramente les habían precedido, que habían existido, tan parecidos a ellos, tan reconocibles, tan entrañables, tan perdidos. Y de tanto ver las secuencias una y otra vez dejaron de ver patrones lineales, ni POF ni CLIC. Y elaboraron una historia con la esperanza de salir de ella y saltar a la realidad de la que intuían ser los últimos herederos.

Entendieron varias cosas que colocaban a esos seres del pasado perdidos en un universo de contradicciones del que eran constructores y destructores al mismo tiempo. Por una parte, había algo para lo que estaban muy capacitados. Tenían una gran facilidad para aprender, y todo lo que aprendían lo incrementaban. Aprendían a cultivar la tierra y a hacerlo cada vez mejor, inventando herramientas y máquinas para sacar de ella alimento en abundancia. Aprendieron muy bien a estructurarse en comunidades, a observar el cielo y las estrellas y también los elementos más

pequeños de la vida, incluso descubrieron los que no podían percibir a través de sus sentidos.

Pero, por otra parte, les costaba un poco discernir y, también, eran algo olvidadizos. En su dificultad para el discernimiento no sabían cuándo parar y se acostumbraron a la abundancia y al exceso. Aprendieron a apropiarse de todo cuanto podían poseer, y a odiar todo aquello que amenazaba su creciente afán de acumular más y más. Algunos, los que se sentían más amenazados, se hicieron expertos en poseerlo todo mientras otros, los que no veían las amenazas, se fueron quedando sin nada. Y en su dificultad para recordar olvidaron aquello que les había hecho grandes, únicos y especiales, tanto como para evitar su propia extinción, siendo una de las especies más vulnerables que habían protagonizado la historia de los seres vivos.

De pronto emergió, en aquel lugar desconocido, en un pliegue del espacio tiempo, aun no explorado, que se fue abriendo como una flor gigante hasta tomar una forma reconocible. Lentamente vieron emerger un archipiélago en el que todas las islas estaban conectadas.

En aquel lugar comenzaron a despertar humanos latentes, que habían permanecido dormidos desde la noche de los tiempos, sin historia, sin futuro. Y así, los once corazones al unísono latieron y comprendieron que se encontraban en medio de dos mundos, presenciando el nacimiento de una segunda oportunidad. Y así fue cómo a los humanos se les dio la oportunidad de comenzar algo nuevo una nueva forma de vivir con las doce joyas del conocimiento.

Los Humnis tomaron conciencia de los privilegios con los que habían sido bendecidos. Pudieron recordar al visualizar el pasado y pudieron discernir. Recordando los patrones POF y CLIC supieron que CLIC era bastante mejor. Los cruces de líneas

traían destellos de luz y color. “Para que eso suceda las vidas tienen que encontrarse y conectarse”, pensaron.

Así que se acercaron a los seres latentes hasta que se encontraron frente a frente. Aquellos les miraban sin expresión y algo desconcertados también. Sus ojos mostraban aquellos agujeros negros infinitos, como canales que atravesaban y absorbían todos los universos, los ojos de la curiosidad humana.

“Tal vez podamos contarles lo que hemos visto dándoles algunas claves para que puedan conducirse de nuevo”, pensaron. Pero ¿cómo evitar la destrucción que viene de la mano del conocimiento? En aquella amalgama difusa no se podía diseccionar fácilmente lo que les construía y lo que les destruía.

Conscientes de que eran el eslabón entre dos historias de la humanidad buscaron en su interior algo que ofrecer fácil de recordar. De forma espontánea cada uno de los doce buscó una idea, un pensamiento, una palabra... algo que pudiese ayudar en esta nueva construcción aun en medio de la incertidumbre. Reunirían este puñado de ideas en un nuevo conocimiento que fuese, a su vez, fácil de recordar.

“Amaros”, dijo Ausej. “Acoged todos los descubrimientos, uniros en el conocimiento y sed tolerantes con todos los caminos”, dijo Aitapi. “No dejéis a nadie a la zaga y, a partir de ahí, aprended a vivir como queréis”, propuso Aytrama. “Surgiran dificultades y dolor liberaros de todo ello en el silencio”, dijo Adub. “Cuidad a vuestras criaturas, sobre todo a las más pequeñas y vulnerables” dijo Leirbag. “Surcad todos los universos que la imaginación os permita recrear y divertíos”, dijo Aicila. “Sed fuertes y resistid cuando la adversidad se presente”, dijo Leugim. A lo que Anitsuga añadió, “alimentad en cada ser la fuerza y la delicadeza”. “Cread comunidades y educad para

convivir”, dijo Setarcos. Y por último habló Anul y les hizo a todos esta promesa, “Cada cierto tiempo iluminaré vuestro mundo cuando llegue la noche oscura.”

Así comenzó una nueva tierra en la que los protagonistas serían de nuevo los humanos. A mi abuela le gustaba añadir algo de su propia cosecha cuando me contaba esta historia. Me decía que ella también tenía su propio pensamiento en forma de cuento.

Había una vez una comunidad de ranas que vivían en torno a una charca. Cada noche de luna llena ésta se reflejaba con toda su redondez luminosa en la charca de las ranas. La más inquieta de ellas se enamoró profundamente de la luna y a toda costa quiso poseerla. Así que se zambulló en el agua para atraparla, con el consiguiente disgusto al percatarse de que su amada luna se había hecho añicos. Entonces llamó a su amigo Ibis, que volaba largas distancias sin cansarse, para que la llevase hasta la luna. Pero cuando se iban acercando perdió la visión de la hermosa bola de luz blanca hasta que estuvo tan cerca que no veía más que una inmensa masa blanca sin forma. Decepcionada regresó a la tierra, a su comunidad de ranas con su amigo Ibis y juntos se sentaron a observar de nuevo el reflejo de la luna en la charca. La rana triste le dijo al Ibis: “entonces no hay forma de poseer la luna”, a lo que este respondió “no puedes poseerla en cambio puedes conocerla que es algo hermoso. El conocimiento no son los fragmentos de la luna reflejados en el agua, ni la luna reflejada, ni siquiera la luna. Es el agua que recoge el reflejo de todo lo que en ella se proyecta. Por eso fluye como un río y se deteriora cuando se estanca. Emanada de las manos hacia las manos con las que se entrelaza. Abraza secretamente los tesoros que aglutina. Y juega como el viento moviendo las ramas de los árboles en el bosque frondoso. Si tuviera rostro luciría sonrisa pícaro y ojos ávidos de crear y descubrir. Es la savia que todo lo une.”

Los Humnis, la rana, el Ibis y mi abuela permanecen en mi memoria. Por eso la cuento a todos aquellos que quieran compartir esta historia.